IMPRESIONES.

UNA TARDE EN UN CEMENTERIO.

I.

Lento declina el sol, y absorto el mundo
Alejarse lo mira á otro hemisferio;
Yo en tanto en el antiguo cementerio
Triste me entrego á meditar profundo.

Soplando de Noviembre el viento helado,
Las hojas secas del arbusto agita;
Mi corazon con rapidez palpita;
Latir el pulso siento acelerado.

En medio estoy del majestoso templo,
Principio del no ser, fin de la vida;
Y en lápidas marmóreas esculpida
De muerte y destruccion la ley contemplo.

Y el polvo piso aquí, la vil materia
En que la mano fria de la muerte,
Del tiempo bajo el carro nos convierte,
Revelando al que viene su miseria....

Las tumbas callan; las marchitas flores
No exhalan junto á mí su aroma suave....
De la campana misteriosa y grave
Solo se oyen los fúnebres clamores....

Oh! tumbas silenciosas que os alzais,
En este sitio que cobija el miedo,
En vano yo me afano, yo no puedo
Penetrar los arcanos que guardais!

¿Por qué el silencio que os envuelve eterno
De pavor llena el corazon del hombre?
¿Por qué este tiembla al repasar un nombre
Que ayer sonaba en sus oidos tierno?

¡Por qué el mancebo que al amor de hinojos
Adoró ayer en el festin brillante,
Penetra aquí con pálido semblante,
Trémulos labios y extraviados ojos?....

Porque advertis, que el mundanal contento
Rápido pasa, cual ligera nube,
Que en el estío de los lagos sube
Y que disipa el hálito del viento....

Mas qué cuadros me cercan?.... yo creia
Que solo en mi dolor me lamentaba,
Y que sola gemia y suspiraba,
Léjos de la ciudad, el alma mia.

II.

Con las rodillas en tierra
Y el alma pura en el cielo,
Cubierta la faz de duelo
Y de luto el corazon,
Un niño tierno se inclina,
Cual flor al nacer la aurora,
Y ardientes lágrimas llora,
Tristes frutos del dolor.

Junto á un humilde sepulcro
Sin lápidas, ni inscripciones,
Murmura sus oraciones
Con ternura, con piedad;
Y el sauz que allí se eleva
No mueve sus secas hojas,
Que atento está á las congojas
De aquella alma angelical.

Niño, niño, ¿por qué lloras?
¿A quién busca tu cuidado
En este sitio ignorado
De los hombres? ¿Porque así,
Tras de su velo de lágrimas,
Tus ojos vuelves al cielo,
Buscando lo que en el suelo
Llama en vano tu gemir?

Tan niño! y ¿ya las pasiones
Su garra en tu pecho hincaron,
Y en destrozar se empeñaron
Tu corazon infantil?
¿Y tus ensueños de niño
Volaron, cual los celajes,
Que en el cielo cortinajes
Formaron de oro y carmin?
Por una madre suspiras
Y viertes llanto precioso!
¡En el mundo borrascoso
Huérfano quedaste tú!
¡Y aquí....! á la postrer morada
Que al mortal queda en el mundo,
Viene tu dolor profundo
A buscar un ataud;

A buscar entre las tumbas
A tus pesares consuelo,
A preguntar á este suelo
Por tu madre, por tu amor;
A evocar su sombra cara;
A reclamar sus caricias,
Que las süaves delicias
De un niño en la tierra son!

Sí, llora, llora, ángel bello,
Miéntras al aura serena
Tiendes tu ala de azucena,
Cual mariposa de Abril;
De la madre que perdiste
Sobre los despojos llora,
Y que la noche y la aurora
Te sorprendan siempre así....

Yo tambien perdí una madre,
Como tú, niño inocente;
Yo tambien doblé mi frente
Sobre el polvo funeral;
Y tambien mis oraciones
Subieron al cielo inmenso,
Como sube el blanco incienso,
Que se ofrece en el altar....

III.

Mas otro objeto miro
Que mi atencion reclama;
De una alma yo contemplo
La desesperacion:
Y el hondo acento escucho
Con que á la muerte llama,
Pidiendo que piadosa
Dé fin á su afliccion:

Es un fogoso jóven
De rostro enardecido,
Que lleno de esperanzas
Mirara el porvenir;
Un jóven que en el seno
Süave adormecido
De cándida doncella,
Ví un tiempo sonreir;

Que daba sus sentidos
Al goce pasajero
De sus caricias blandas,
Al beso de su amor;
Que plácido escuchaba
Su acento lisonjero,
Mas dulce que los trinos
De amante ruiseñor;

Que respiró su aliento
De rosas y jazmines,
Sobre su abierto labio
Fragrante y virginal,
Como en el blanco nardo,
Guardado en los jardines,
Su blando aroma aspira
La brisa matinal;

Y allí soñó venturas,
Y allí su fantasía,
De amor tan dulce y puro
Soñó en la eternidad....
Mas los ensueños de oro
Que en su delirio vía,
Los disipó en un punto
Fatal realidad.

De su embriaguez volviendo
Contempla á su adorada,
Ya presa de la muerte,
Perdida la calor;
Y palpa con sus manos
Su hermosa frente helada,
Y mira sus pupilas
Sin brillo, ni esplendor....

¿Qué fué de la sonrisa
Que al mundo embelesaba?
¿Qué las miradas tiernas?
Las gracias ¿dónde están?
Y aquella voz ardiente
Que al corazon llegaba,
Cuál llama abrasadora
De férvido volcan?

Hoy pálido cadáver
Su cuerpo soberano....
Tal vez inmundo polvo
Sus blancos miembros son....
Si tú la vieras, jóven,
Si en tu dolor insano
Podrido contemplaras
El tierno corazon!

Quizá retrocedieras;
Quizá cesará el llanto;
Quizá del mundo loco
Volvieras al festin;
Y en brazos de otra hermosa,
Cesando tu quebranto,
De la fugace vida
Llegaras al confin.
Tú lloras.... porque entónces
Al ídolo elevabas
De hinojos, el incienso
Fragrante de placer;
Porque en su frente de ángel
La huella no mirabas,
Que imprime el duro tiempo
Los años al correr....
Mas ah! condeno injusto
Tu amargo sufrimiento,
Oh! víctima infelice
De malogrado amor,
Cuando oigo el rudo golpe
De tu tenaz tormento,
Y escucho el ronco grito
Que lanza tu dolor....

No ceses en tu llanto;
Tus penas, tú las sabes;
Que calma den los cielos
A tu agitada sien;
Que vengan á tus ojos
Las lágrimas süaves,
Y alivio en tu desgracia
Benéficas te den.

IV.

Allá descubro otra figura,
Que de un ciprés al pié se inclina;
Es de un anciano que declina
Al triste ocaso del vivir;
Que su cabeza encanecida
Sobre una tumba apoya triste,
Y del feroz pesar resiste
El rudo golpe, el lento herir.

Cuando tu pecho, pobre anciano,
Necesitaba de consuelo,
Hoy que te cubre el frio hielo
De la aterida senectud,
Te veo triste; en esas tumbas
Miro tus ojos siempre fijos,
Donde lamentas de tus hijos
La malograda juventud.

¿Quién es aquel que de la vida
Caminó siempre entre las flores,
Sin probar nunca los dolores
De la tenaz adversidad?
Sin arrastrar el anatema
Que Dios lanzó sobre él airado,
Cuando en los brazos del pecado
La miel gustó de la maldad?...

La flor del prado se marchita,
Su jugo pierden los arbustos,
Caen los árboles robustos
Del cierzo al ímpetu tambien....
¿Qué pues le queda al viejo tronco,
Cuya raiz está podrida,
Si ya su planta está raida,
Si negra y seca está su sien?

Tus hijos eran ¡infelice!
¿Por qué á la vida tú los llamas?
¿No ves que en vano ¡oh padre! clamas?
Que en vano viertes llanto aquí?
¿Que aquesta es la última morada
Dó el hombre duerme eterno sueño,
Dó al respirar letal beleño
Cesa el humano frenesí?
Ya tú tambien puedes de la muerte
Mirar con gozo la presencia,
Si hora se mece tu existencia
Solo al impulso del dolor.
El mundo, dime, ¿qué atractivos
Hoy á tus ojos les presenta,
Si tu alma ya no se apacienta
Con su quimérico esplendor?
¿Si del verano cual las flores
Tus tiernos hijos se agostaron?
¿Si las pasiones se apagaron
En tu desierto corazon?
Llama á esa Diosa destructora
Que rompa ya con su guadaña
Tu pecho mísero que baña
La amarga hiel de la afliccion.

Y en ese lecho mortüorio
Reposarán tus restos frios,
Sin que ni inviernos ya, ni estíos
Osen turbar tu eterna paz;
Miéntras que tu alma al cielo vuela
Libre de grillos mundanales,
Y con tus hijos inmortales
Miras de Dios la pura faz.

V.

Y aquella tumba solitaria y triste;
Que de musgo cubierta se levanta,
Dó ni plegaria santa
Sale de labio humano,
Ni cirio funeral trémula agita
Su amarillenta luz, ni de un hermano,
Ni de una madre el corazon palpita,
¿De quién es ¡oh Señor! tan infelice

Que no hay dos tiernos ojos
Que humedezcan sus míseros despojos
Con una sola lágrima preciosa;
Ni un solo pecho amante que un suspiro
Lance por él, sobre la tosca losa
Triste apoyado del mortal retiro?
Ah! ya comprendo.... en su miseria veo
La postrera mansion, la pobre tumba
De un hijo de tu mente creadora,
De un poeta que en alas conducido
De ardiente fantasía,
Sentóse en su carroza voladora,
Y en su vuelo atrevido,
Cual tú produjo en plácida armonía,
Mundos lucientes de zafiro y de oro,
Que al acento sonoro
De su laud brotaban,
Y bajo el pié de su creador giraban....
Cantor, cantor gigante,
Que soñando en la gloria,
Quisiste levantar á tu memoria
En tus cantos un trono de diamante,
Hé aquí la realidad, el patrimonio
Del Dios que á los mortales revelando

Arcanos escondidos,
Nace gimiendo, y muere suspirando;
Y miéntras á otros que en la vida rien
E imbéciles caminan al sepulcro,
Guarda el destino el rico mausoleo
Y los duelos sensibles,
Yo en tu reedor no veo,
Cisne perdido en los salobres mares,
Sino miseria, y soledad horribles....
Ah! yo vendré á llorar, de blancas flores
A coronar tu tumba solitaria,
Y á murmurar por tí blanda plegaria
Del astro vespertino á los fulgores....
Mas ¿qué te importan mi oracion, mi llanto,
Mi efímera corona,
Si natura sensible se abandona
Por tí á mudo quebranto;
Si en la diáfana gota
Que de esa pared rota
Sobre tu losa filtra blandamente,
Una lágrima ardiente,
Des que nace la aurora,
Te consagra en su duelo hora por hora?
Si ese sol al hundirse en Occidente,

Con su rayo postrero te ilumina,
Y lúcida aureola da á tu frente;
Si el zentzontli que trina
Oculto entre las pálidas retamas
Hace llegar hasta tu eterno asiento
Su dulce y melancólico concento?....

VI.

Mas ya la noche desplegó sus alas,
Al escuchar el postrimer gemido,
Que el crepúsculo lanza dolorido
El monte al trasponer;
Y cesaron las lágrimas amargas,
Y cesaron las preces funerales,
Y en silencio quedaron los umbrales
Del reino del no ser.

Mi corazon tambien dentro del pecho
Palpita ya tranquilo y sosegado,
Como el de un niño, cuando duerme al lado
Del maternal amor;
Y alzo mis ojos y la luna veo
Bañando con su luz el horizonte,
Despues de haber traspuesto el alto monte,
La estrella del pastor....
Oh! vírgen melancólica que reinas
Magestuosa en trono de zafiro,
Presta á escuchar la lágrima, el suspiro
Del infeliz mortal,
Escucha la oracion, que de mis padres
A la tumba dirijo, que hora yace
Entre la yerba que el ganado pace
En mi suelo natal.
Y llévala benigna en ese rayo
Testigo de mi pena concentrada,
Tú que giras tu lánguida mirada
Por todo lo que existe y lo que fué;
Y allí en su humilde é ignorada tumba,
Astro consolador, allí la deja,
Ya que el destino sin cesar me aleja
De lo que tanto en mi orfandad amé.

(1844.)